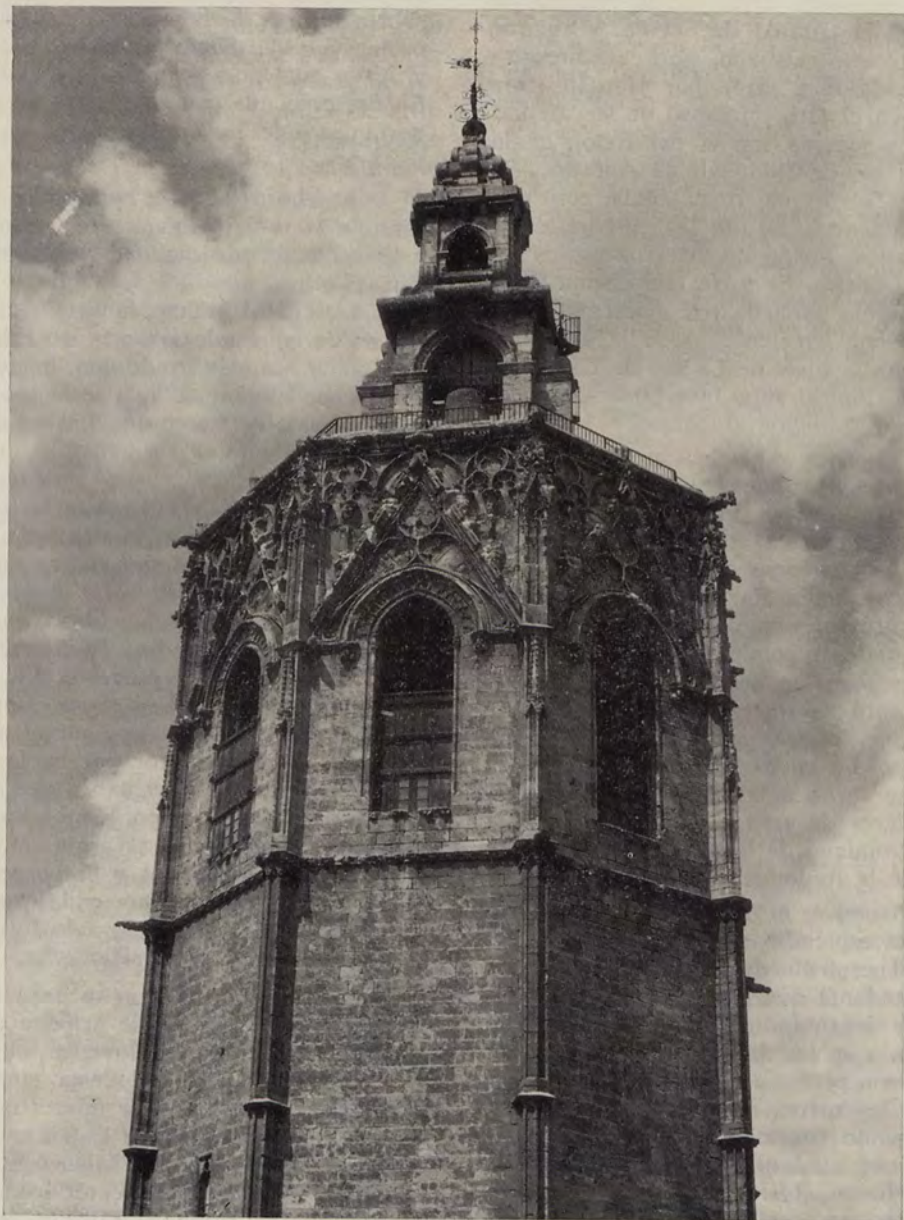


EL MIGUELETE DE VALENCIA *



En un viejo libro del ya lejano año 1947, escribía yo que España es un país de torres y no de cúpulas. Todo el paisaje español está jalonado por altas torres de piedra que son símbolos enhiestos de nuestra raza y característica fundamental de nuestra arquitectura. Son pocas, en efecto, las cúpulas

que encontramos en nuestro país —salvo en Valencia— y, en general, de proporciones modestas, construidas muchas veces de materiales pobres y

* Discurso en la solemne apertura de curso el 4 de noviembre de 1981, en la Real Academia de San Carlos.

no comparables en ningún caso a la magnificencia de las torres.

En cambio no hay catedral española que no se caracterice por una torre extraordinaria, de dimensiones muchas veces descomunales y de lujosos y ricos materiales. Se puede decir que la primera de nuestras torres es la Giralda de Sevilla, y aunque no se hizo para templo cristiano, sino para mezquita, fue cristianizada más tarde por Hernán Ruiz para convertirse en el faro luminoso de la catedral hispalense. Torres señeras son la del Reloj, en la catedral de Santiago, de Domingo de Andrade; la de la catedral de Toledo, maciza y sólida, pero con agudo remate flamenco; las de las catedrales de Segovia y Salamanca, fusión de diversos estilos resueltos en unidad básica. Es torre famosísima la de la catedral de Murcia, iniciada por maestros italianos y terminada con excelente prosodia española. Es notable también la torre de La Seo de Zaragoza, donde el maestro Contini supo incorporarse perfectamente a la mejor tradición aragonesa.

Pero además de estas y muchas otras torres señeras, entre las que el Miguelete o *Micalet* cuenta por derecho propio, existen también infinidad de torres en nuestra península que forman conjuntos interesantísimos, homogéneos y representativos de nuestras diversas regiones. En torno a Domingo de Andrade se constituye un amplio catálogo de torres barrocas gallegas de imponderable belleza, de la misma manera que en las provincias Vascongadas aparece un conjunto de torres renacentistas y barrocas entre las que destacan las llevadas a cabo por Francisco de Ibero. Lo mismo podemos decir de las torres riojanas en torno a la ribera del Ebro, que presentan ejemplares de gran originalidad como la torre de Santo Domingo de la Calzada, la de Briónes, las torres de la Redonda en Logroño, etc.

Caso singularísimo es el de las torres mudéjares aragonesas, torres espléndidas que representan mejor que nada el espíritu de este pueblo brioso, enérgico y contundente que es el aragonés. Sin las torres mudéjares levantándose en las secas parameras aragonesas o en las dulces vegas de sus ríos, el paisaje de Aragón perdería su nota más distintiva. Empezando por las torres que semejan alminares musulmanes, pasando por todo género de combinaciones volumétricas, se despliegan tipos muy diversos: torres cuadradas, torres mixtas cuadradas y octogonales, torres enteramente poligonales, octogonales o exagonales de raigambre gótica, como le sucede siempre al mudéjar de Aragón.

Las torres castellanas son en general más severas, tanto las medievales y mudéjares como las que luego parten de la severa ley Herreriana. En Castilla, en Valladolid y Segovia están nuestras mejores torres románicas, y también tenemos, aparte de las

góticas de Burgos, ejemplos de torres renacentistas tan hermosas como la de la Colegiata de Santa María del Campo, de Diego de Siloee. Andalucía es otra de las regiones privilegiadas en materia de torres. En Andalucía todas las torres son hijas de la Giralda. Y en este aspecto no hay población, sobre todo de la baja Andalucía, que no tenga su propia Giralda. Famosas son las siete torres de Ecija, cada cual más galana e imaginativa que la otra. En fin, creo que con esto basta para afirmar la importancia que tienen las torres en nuestra arquitectura.

Pero ahora la torre que sobre todas ellas nos interesa es la del Miguelete. El gran historiador del arte e ilustre personalidad valenciana que fue don Elías Tormo, nos dice lo siguiente en su *Guía de Levante*: «El Miguelete, famosa torre, amadísima de los valencianos, de las más notables y grandiosas del gótico catalán o de los Estados de Aragón, nunca con el chapitel que se le proyectó, se redujo a un robusto octógono de 50'85 m. de alto, viniendo a ser equivalente el perímetro. Es muy maciza, pues sólo el centro tiene, sucesivamente, tres piezas octogonales abovedadas, angosta la baja y aun la intermedia y más amplia la alta o de las campanas, y la escalera de caracol, con nabo, a uno de los lados, con 207 escalones. En 1376 se decidieron, comenzándose formalmente las obras en 1381, dirigidas por el arquitecto Andrés Juliá, que lo era de Tortosa, y que daría el proyecto. En 1402 las dirigía José Franch. En 1414 se revisa el proyecto, después de algunos viajes al caso, por el arquitecto Pedro Balaguer (el constructor que había sido de las Torres de Serranos). A él habrá que atribuir la decoración del último cuerpo. Estaba terminada en 1424, cuando se encargaba al arquitecto Martín Llobet el pretil (desaparecido) y el coronamiento (nunca hecho) de la torre. La horrenda espadaña de arriba, causa única de peligro para la torre, se labró después y se renovó en el siglo XVIII.»

Don Elías Tormo, con su prosa peculiar, que en principio parece un poco críptica pero que resulta certera y exacta en su sequedad, nos explica en breves líneas la historia de esta famosa torre y sus principales autores. De la misma manera, José Sanchis Sivera, canónigo de la Santa Iglesia Catedral, nos hace la historia del Miguelete en su libro «La Catedral de Valencia», reproducida en un pequeño librito que se titula *El Micalet, de la catedral de Valencia*, y que «Ediciones Catedral de Valencia», dirigidas por V. Castell, publicó en 1977. Lo que Tormo dice de una manera escueta y, como siempre, casi telegráfica, don José Sanchis Sivera nos lo explica con mayor detalle y detenimiento, uniéndolo a sus referencias los documentos gráficos que ha podido recoger: sobre todo los interesantes dibujos

del arquitecto Ramón María Ximénez, que nos describen gráficamente la construcción en alzado, sección y diversas plantas.

Esta torre, desgraciadamente inacabada, es, sin duda, la construcción más imponente que puede encontrarse entre los campanarios góticos levantinos, especialmente catalanes y valencianos. Ningún otro tiene la robustez, la magnificencia, la solidez y la importancia de la torre valenciana. El octógono del Miguelete tiene un perímetro equivalente a su altura de 50'85 m., el cuerpo inferior es enteramente macizo, lo que supone una masa de fábrica impresionante. En este cuerpo el único hueco es el que corresponde a la escalera de caracol de subida a la torre que, cosa poco frecuente, está embebida en la masa de la fábrica por ser ésta de tan grandes dimensiones. En otras torres similares la escalera de subida forma un pequeño torreón adherido al octógono principal como sucede en las torres octogonales de la Catedral de Barcelona. Pero aquí no hace falta, dada la inmensa masa del Miguelete.

A partir del primer cuerpo de los cuatro en que se divide la torre verticalmente, encontramos una cámara de planta también octogonal que se denomina Asilo de los Refugiados y que está cubierta con una bóveda apuntada igualmente de ocho paños. En el tercer piso se abre otra cámara mayor conocida tradicionalmente como Habitación del Campanero, que repite la forma de la de abajo, pero cuyo diámetro es mayor. Sin embargo, todavía domina con mucho el macizo sobre la cámara abierta en esta planta. Y por último, en la última planta, es decir, en la cuarta, que es el cuerpo de campanas, la cámara ochavada alojada en su centro es todavía mayor y se comunica con las fachadas exteriores de la torre por medio de unos pasos, que son, precisamente, aquellos donde se colocan las campanas de volteo. Por encima de esta planta ya sólo queda la terraza y la desaparecida coronación, que, por desgracia, nos falta. La arquitectura de la torre es de una extrema sobriedad que hace más impresionante su volumen y su magnificencia. El prisma octogonal triunfa en su perfecta claridad geométrica. Las aristas del octógono están señaladas mediante unos breves y sencillos contrafuertes que acusan todavía más la geometría del prisma octogonal. Son unos sencillos refuerzos que conforme van subiendo se decoran más hasta llegar al último cuerpo en que aparecen como agujas góticas que, naturalmente, tendrían que tener su terminación en los pináculos del antepecho o balaustrada desgraciadamente desaparecido.

La decoración de la torre se encuentra en el último cuerpo, el cuarto, que es como decimos el de campanas abierto por ocho grandes huecos. Este es el cuerpo que don Elías Tormo atribuye al arqui-

tecto Pedro Balaguer, constructor que había sido de las Torres de Serranos. Realmente, sin romper la gravedad y sencillez, el último cuerpo resulta delicadamente decorado por una serie de labores góticas de las que suelen llamarse de claraboya. En primer lugar los arcos ojivales, muy poco apuntados, de los huecos de campanas, tienen unas arquivoltas muy molduradas sobre las que se alza un gablete triangular muy agudo. Este gablete termina en un florón o macolla que invade la cornisa de remate y que traspasaría el desaparecido pretil de piedra del que luego hablaremos. Tanto en el interior del gablete como en las enjutas, entre las líneas oblicuas del gablete y las horizontales de la cornisa, se despliega la típica labor de claraboya, es decir, una serie de tracerías ojivales que en lugar de ser caladas tienen como fondo los muros pétreos de la fábrica. Todo este cuerpo, elegante, discretamente ornamentado, típico del siglo XIV, es el que prepararía el paso a la coronación que existió en parte y que más tarde desapareció dando lugar al insatisfactorio aspecto que hoy presenta su trunca silueta. Es una pena que esta soberbia torre quedara inconclusa y que el antepecho calado y con pináculos del maestro Martín Llobet desapareciera. Don José Sanchis Sivera nos dice que habiendo llegado la obra de la torre a la altura que debía tener, en 18 de septiembre de 1424, se concertó el Cabildo con el maestro cantero Martín Llobet, para hacer la claraboya, alias apitrador, de dicho campanario. En dicho contrato se obliga este artista a continuar «e acabar l'entaulament de la sumitat del campanar ja començat de pedra ab ses gargoles e ab tot ço que neccesari hic sera, y a fer la dita obra de la claraboya e epitrador an sos bancs de part de dins del apitrador per vogir la dita claraboya o seure en aquells», obligándose por su parte el Cabildo a darle, cuando termine la obra, que había de ser año y medio después, dos mil florines de oro de Aragón, plazo que no se cumplió. Obra tan magnífica como la que nos ocupa debía tener un remate especial, a más del que se indica en la capitulaciones que acabamos de mencionar. Así se deduce de los dibujos que había presentado el mismo Llobet, en los que se habla de una espiga.

Los trabajos preliminares del entaulament comenzaron en 30 de mayo de 1424 y se concluían en 17 de julio de 1425. En 11 de agosto siguiente se empezó a colocar el pavimento y se terminó en 9 de febrero de 1426, costando 4.758 sueldos, y en 17 de marzo de 1425 se emprendieron los trabajos del apitrador o claraboya que dieron fin el 28 de enero de 1429. Parece que con esto se dio por terminada la torre, exceptuándose la espiga referida, la que no se hizo, sea por deficiencia de los planos presentados, sea por otras causas que desconocemos. Lo cierto es que para dar cima a obra

tan monumental, el Cabildo no perdonó medio alguno, cargando muchos censos, enajenando otros y estableciendo un sindicato con el objeto de reunir fondos.

Precisamente esta balaustrada llamada por los maestros de la época apitrador y que por su delicadeza era obra sometida a los embates e injurias del tiempo, es la que ahora echamos mucho de menos en la coronación del Miguelete. Parece ser que existen todavía fragmentos de la misma, piedras sueltas que estuvieron sobre la terraza de la torre y que podrían, con su minucioso estudio, servir para la reconstrucción de este antepecho que tanta falta le hace a la obra. Pero hoy en día las corrientes imperantes en nuestro país hacen muy difícil la restauración de monumentos con restitución de partes desaparecidas, aunque se tengan los documentos precisos para reconstruirlas. En otros países esto no sucede y me refiero especialmente a Inglaterra y Alemania, donde los monumentos se reconstruyen, siempre y cuando los datos sean precisos, sin que predomine ese escrúpulo y ese purismo que hace sospechosa la restauración. Pero esto son criterios que dependen en mucha parte de modas o tendencias no suficientemente debatidas y que se imponen con carácter dogmático.

En fin, aparte de la balaustrada y claraboya con pináculos de Martín Llobet, Antonio Dalmau, en 1453 proyectó una coronación o remate de la torre. Antonio Dalmau era un notable escultor que ejecutó el retablo de piedra que se conserva en el Aula Capitular antigua. Antonio Dalmau fue encargado por el Cabildo para dar remate a la torre, pero murió cuando todavía no había entregado el proyecto. La muerte de Dalmau impidió por lo visto que la torre se coronara con arreglo a su magnificencia. Otros maestros no se atrevieron a realizar la obra imaginada por el gran escultor o faltaron las energías suficientes para llevarla a cabo muerto el artista que la imaginó. De hecho es algo que ya es imposible de superar, pues fatalmente el Miguelete quedará para siempre truncado. Es como un grandioso pedestal al que le falta la figura que debía sostener.

En esta situación colocase un tinglado de madera para sostener la gran campana de las horas, tinglado que se quitó dos veces y que hubo que sostener por un artificio más sólido. Este se llevó a cabo en la segunda mitad del siglo XVIII y consiste en una espadaña de piedra de fuerte y vigoroso perfil barroco. Don Elías Tormo la llama horrenda espadaña, causa de peligro para la torre por su inmenso peso. Don José Sanchis Sivera la llama armatoste y causa ocasional de los desperfectos que se notan en el último cuerpo de la torre. De todas maneras puede verse a través de la selección vertical del Miguelete dibujada por don Ramón María

Ximénez que la torre tiene la suficiente fortaleza para sostener con holgura dicha espadaña a pesar de su considerable peso.

Yo, modestamente, considero que la espadaña es inapropiada, pero no tan censurable como todos los autores dicen, pues al fin y al cabo cumple el papel, a su manera, de la espiga (es decir, la flecha) que había de coronar según los criterios de la época el campanario. No cabe duda que si se restituyera el apitrador o claraboya con sus correspondientes pináculos, se disminuiría la importancia de la espadaña, que quedaría más envuelta en el final gótico de la torre, surgiendo sólo la parte alta como aguja o flecha.

Hemos descrito la gran torre valenciana y al hilo de esta descripción hemos valorado y comentado, algunos de sus aspectos; ahora nos queda relacionarla también con un conjunto de torres catalanas que se caracterizan por su singularidad y por su rigor geométrico. Complejo problema —nos dice Torres Balbás— es el del origen de estos campanarios catalanes. Octógonos son también muchos de los que acompañan a iglesias del mediodía de Francia, derivados del levantado sobre el crucero de San Saturnino de Tolosa, pero suelen estar abiertos por múltiples arcos. La existencia de campanarios octogonales de ladrillo en Aragón, en el siglo XIII, consecuencia tal vez de alminares desaparecidos de la misma región, puede justificar la hipótesis de su procedencia, de torres islámicas (Torres Balbás, *Arquitectura Gótica, Ars. Hispaniae*, Tomo 7.º, página 228). Atrevida hipótesis, pero que puede coincidir con la de don Félix Hernández, que, hasta cierto punto, demostró cómo las torres románicas medievales derivaban en gran parte de los alminares musulmanes y sobre todo del alminar de la Mezquita de Córdoba, hoy desaparecido al estar envuelto por una construcción renacentista (véase Félix Hernández Jiménez, *El Alminar de Abderramán III en la Mezquita Mayor de Córdoba*, Granada, 1975). Si es cosa evidente la influencia del alminar de Córdoba sobre torres románicas tan alejadas como las de los Pirineos, no es absurdo considerar que alminares octogonales aragoneses influyeran en torres de la región catalana.

Se ha solido emparentar la torre del Miguelete con el esbelto y elegante campanario de la vieja Catedral de Lérida. Este lo empezó a construir a fines del siglo XIV (1391) Guillermo Colibella, lo continuó el francés Carlos Galter de Ruan, dejándolo como hoy se encuentra, es decir, sin acabar. Teniendo en cuenta que el Miguelete se empezó en 1381, se puede decir que es perfectamente coetáneo del de Lérida. No puede, por lo tanto, considerarse el de Lérida como precedente, sino más bien al contrario, aunque el cuerpo superior, más

decorado, del Miguelete, obra de Pedro Balaguer, sea más tardío que la torre de Lérida, construida casi de un solo golpe. Más antiguo es el campanario de San Félix de Gerona, comenzado por Pedro Ça Coma en 1368 y que también es de planta octogonal, aunque más compleja en su estructura. La torre de Santa María del Pino en Barcelona tiene también semejanzas con el Miguelete por el hecho de que el octógono lleva también contrafuertes o espigones que refuerzan los ángulos y porque tiene el mismo número de cuerpos, los tres primeros ciegos y el último abierto por sendos huecos en cada una de las caras. Sin embargo, el campanario barcelonés es mucho más severo en su arquitectura, porque los contrafuertes son totalmente lisos y porque en el último cuerpo faltan los gabletes y las labores de claraboya que tanto enriquecen a la torre valenciana. También el campanario de Santa María del Pino está sin terminar en lo que se refiere a pretil y remates. Es una desgracia que todos estos campanarios catalanes no tengan remate o lo hayan perdido, y por esto quedan en parte inexpresivos y desconcertantes. La torre de la Seo de Lérida termina en un cuerpo octogonal de menor diámetro que el fuste general y por eso tiene una silueta más animada, aunque está igualmente privada de un remate final. Las torres de la catedral de Barcelona, también octogonales, resultan más acabadas al tener su pretil que las corona, pero, por ejemplo, la espléndida torre del Monasterio de Pedralbes, con su pura geometría, no tiene ningún remate final. En este caso quizá resulta mejor porque es tan pura la traza de esta torre monástica que todo aditamento podría adulterar su exquisita pureza geométrica.

Estas torres catalanas, como la de la Iglesia de Santa Agueda, la del Monasterio de Pedralbes, las de la Catedral de Barcelona, las de Santa María de Mar y otras muchas son extraordinariamente simples y carecen de contrafuertes, pilastras o espigones que refuercen sus ángulos. El prisma octogonal queda patente en toda su pureza geométrica. La torre de la pequeña iglesia de Santa Agueda de Barcelona tiene un remate muy sobrio y esencial que consiste en que en lugar de una línea horizontal que señale la terraza, cada uno de los paños termina en un pequeño piñón, con lo cual se acusa el carácter finalista del último cuerpo.

Al hablar del Miguelete de la Catedral de Valencia no podemos olvidar una construcción más o menos contemporánea le la misma Catedral. Me refiero al cimborrio. Aunque una torre y un cimborrio son construcciones completamente diferentes, desde el punto de vista de la traza no dejan de existir semejanzas. El cimborrio es también una construcción octogonal que, aunque no arranca del suelo, sino que está montado al aire sobre el tramo

central del crucero y, aunque en lugar de fuertes muros opacos está abierto por grandes ventanales, no deja, morfológicamente, de tener semejanzas con la torre. El cimborrio actual, cuyo detalle, nada flamígero, acusa el siglo XIV, es más o menos el que estaba construido en 1380, siendo, dice Tormo, obras de reparación y recubrimiento las del arquitecto Martín Llobet en 1430. El cimborrio de Valencia es el más monumental, aunque no el de mejor traza, de todos los que siguen la tradición de los de las catedrales de Tarragona y Lérida y de San Cugat del Vallés.

Existía ya en el pontificado del Obispo Blanes (1356-1369); en 1380 se realizaban reparaciones en su terraza; en 1430 dirigía otras el Maestro Martín Llobet. Descansa en trompas cónicas y lo cubre una bóveda de crucería, tiene dos órdenes de grandes ventanales que ocupan el ancho de los paños y hacen de esta linterna, obra atrevidísima, totalmente calada. Complicadas tracerías aseguran las placas de alabastro que cierran los vanos. Refuerzan sus aristas exteriores delgados estribos moldurados, las ventanas altas tienen gabletes con crochets. Ninguna relación guarda esta aérea linterna, levantada hacia mediados del siglo XIV —momento en que en Levante estuvieron en auge—, con el pesado templo que se extiende a sus pies (Torres Balbás, obra citada, pág. 231).

Sin embargo, con ser la linterna tan antitética de la torre, puesto que una es un final ligerísimo y otra una torre maciza y sólida de enormes proporciones, no cabe duda de que tienen bastante de común y corresponden a la misma época y estilo. En ambos casos se trata de dos cuerpos octogonales en los que las aristas se refuerzan por medio de pequeños y labrados contrafuertes, que naturalmente habrían de terminar en unas agujas o pilares góticos, que también en este caso de la linterna quedaron sin hacer o fueron degradándose al correr del tiempo. Esta falta de coronación congruente le quita también importancia a una construcción por otra parte elegantísima.

La torre del Miguelete nos dejó una secuencia inesperada en la elegante y barroquísima torre de Santa Catalina. En principio parece que nada tiene que ver la torre del siglo XIV al XV con esta curiosísima torre barroca que es gala de Valencia y que queda admirablemente incorporada a la ciudad al servir de perspectiva a la decimonónica calle de la Paz. Esta torre, tan agraciada, es obra del arquitecto Juan Bautista Viñes y se construyó entre 1688 y 1705. La riqueza de su ornamentación es extraordinaria, destacándose las guarniciones barrocas de todos los huecos y el cuerpo alto de campanas con sus columnas salomónicas. La torre de Viñes está además terminada en todas sus partes, perfecta-

mente acabada y coronada con una gentilísima linternilla que remata una cúpula de teja vidriada. Entre la linternilla y el cuerpo principal de la torre existe un basamento que enlaza el diámetro mayor de la terraza con el menor de la linterna por medio de unos contrafuertes de rica talla barroca. Si el lenguaje es enteramente diferente del Miguelete y las proporciones también, porque frente al volumen macizo de la torre catedralicia, se destaca el esbelto de la torre de Santa Catalina, ambas coinciden en el hecho de ser poligonales, siguiendo la mejor tradición levantina y porque en una y en otra se acusan las aristas por medio de contrafuertes. No cabe duda que Juan Bautista Viñes tuvo presente al hacer su torre aquella otra que por tantas razones presidía y todavía preside la ciudad del Turia. Realiza el arquitecto barroco una interpretación notabilísima y personalísima de la vieja torre gótica y esta vez nos deja enteramente satisfechos con su acertado remate.

Pero volviendo a nuestro Miguelete, diremos que sus méritos arquitectónicos no están todos a la vista, puesto que gran parte de ellos están escondidos. La importancia que en su momento se dio a la torre se revela de una manera excepcional en la ejecución de sus interiores; en las extraordinarias bóvedas de crucería sin crucerías que corresponden a la entrada de la torre y que con sabiduría y primor fueron labradas en el siglo xv. Son bóvedas curiosísimas que tienen el trazado de las bóvedas góticas estrelladas, pero construidas sin nervios, como si se tratara de unas bóvedas de arista. La escalera de caracol es también de excelente factura y las tres cámaras interiores, a las que nos hemos ya referido, son de una arquitectura excelente, en donde se destaca la maestría de los canteros góticos. Las cámaras son octogonales y van aumentando de tamaño conforme la torre crece. Apenas tienen ornamentación y se cierran por medio de bóvedas ochavadas de perfil muy apuntado y con nervios o crucerías en las aristas que descansan sobre repisas.

Es también necesario ascender a la torre, conocer su interior, para valorar perfectamente su calidad arquitectónica y además para, en subiendo a la terraza, gozar de un panorama muy bello sobre la ciudad de Valencia, su río, hoy desgraciadamente seco, y sus huertas cercanas. Hace muchos años la vista de Valencia debería ser extraordinariamente sugestiva. Hoy con el inevitable crecimiento de las ciudades y con los enormes bloques de habitación o de oficinas que circundan el viejo casco o penetran en él, el panorama de antaño ha desaparecido. El caserío horizontal sobre el que graciosamente sobresalían las torres y las cúpulas valencianas, está destruido por las grandes moles de la construcción

moderna que desbaratan las proporciones antiguas. Pero, en fin, salvadas estas lamentaciones, todavía puede verse un interesante panorama desde la torre del Miguelete, torre que por otra parte está llena de leyendas y efemérides que nos han conservado los cronistas de la ciudad y los eruditos que han hecho la historia de la torre.

Una de las cosas más curiosas que sucedían en esta torre era la fumada u hoguera que se encendía todas las noches en la terraza al toque de las primeras oraciones. De esto nos dice lo siguiente el historiador Cruilles en su Guía Urbana: «Cuando las Cortes encomendaron a sus electos la guarda de la costa del reino, se establecieron a trechos a lo largo de ella, en puntos visibles unos desde otros, torres de las que todavía subsisten algunas, confiándolas a cierto número de guardas de a pie y de a caballo para la debida vigilancia. Adoptaron para comunicarse un sistema antiquísimo, largo tiempo empleado por los moros en este país, y cuyo restablecimiento se dirigía en especial contra sus piráticas agresiones y desembarcos; este medio eran las ahumadas, que, como dice cierto autor, avisaba cualquier novedad de noche por la llama, de día por la humarada; una ahumada o falla diaria a una hora convenida, era como el parte «sin novedad» que se pasaban unos a otros los torreros; si se encendían dos hogueras manifestaban lo contrario, y corría la señal desde el que advertía la novedad a los demás; si el torrero arrojaba la hoguera desde lo alto de la torre, era caso de gran alarma o de moros en tierra, a cuya señal se reconcentraban los guardas hacia la torre de donde partía el aviso. La ahumada o falla del Miguelete de Valencia, como torre la más dominante de la costa, hacía la señal establecida como de la capital y la reproducción las otras, y de uno a otro extremo del reino era repetida esa pública seña de tranquilidad, que parecía destinada a convidar a sus habitantes del litoral al descanso de su trabajo en el pacífico hogar doméstico.» Los jurados mandaron por primera vez que se hicieran estas hogueras, según leemos en un manuscrito, el 14 de agosto de 1516; en una deliberación del Consejo, de fecha 8 de julio de 1539, las hemos visto mencionadas.

En realidad esto quiere decir que la torre fue en último término un faro para la ciudad y el puerto. Las grandes torres siempre tienen algo de faros, así podría decirse que la Giralda es el más hermoso de Sevilla y el Miguelete el de Valencia. Tienen algo de faro en el sentido simbólico, puesto que son el faro que ilumina la ciudad por su gallardía y espiritual significado. Pero en este caso se trata de una función desempeñada por la torre que no es muy distinta de la que desempeñan los faros marítimos. Su altura, contando con la proporción

del caserío en los siglos XVI, XVII y XVIII hacía que pudiera verse fácilmente desde el mar y que desde ella pudiera ejercerse como torre vigía una permanente vigilancia de las costas. Es muy curioso también el sistema de señales que se colocó en el Miguelete en tiempo mucho más próximo (1840), para anunciar la llegada y salida de los barcos del puerto. Se colocaron en la torre dos gruesas pelotas de badana que subían y bajaban para anunciar la salida de los vapores del puerto. Con un ingenioso movimiento de estas pelotas se podía señalar si venían uno, dos o tres barcos y de dónde llegaban, si del Este o del Oeste, si de Cataluña o de Cádiz. No vamos a detenernos en esto ni en otros hechos y circunstancias curiosas que han girado en torno a esta torre, porque no es este el objetivo de nuestra conferencia. Apuntando brevemente estas circunstancias, lo que queremos decir es que la torre del Miguelete ha sido protagonista permanente de la vida de la ciudad, carillón y reloj que ha marcado sus horas, pedestal de fuegos de artificio, ma-

nifestador, con el sonoro vocerío de sus campanas, de los hechos alegres o luctuosos que sucedían en la ciudad. En una palabra, diríamos que es una especie de personaje vivo, siempre presente y en ningún caso monumento histórico pretérito y muerto.

Ahora diremos algo de la propia Catedral valenciana, pues no se comprende el Miguelete sino como faro o antorcha de este templo.

En mi *Historia de la Arquitectura, Edad Antigua y Media*, escribí lo siguiente: «En la ciudad de Valencia, casi todas las iglesias del siglo XIV recibieron en el XVIII una opulenta vestidura barroca que las desfiguró por completo. La primera de ellas, la Catedral, monumento híbrido de más valor por los accesorios y obras sucesivas con que se fue enriqueciendo, que por su estructura primitiva. Sus obras comenzaron en 1262 y se continuaron hasta fines del siglo XIV. Es de tres naves, crucero saliente y girola. Los pilares todavía conservan dobles columnas, siguiendo una solución tradicional.



Lo más interesante es la girola de cinco tramos con capillas radiales. El rasgo que la caracteriza es que a cada tramo corresponden dos capillas radiales. Esto aumentó considerablemente su número. Al exterior sólo las dos portadas del crucero revelan la condición medieval del tiempo. En el hastial de la Epístola se abre la espléndida portada del Palau y en el del Evangelio la puerta de los Apóstoles, posterior en el tiempo y mucho más rica por su imaginaria y labores decorativas, propias del siglo XIV. Este tipo de portada lo vemos repetirse *mutatis mutandis* en la Colegiata de Gandía y en las dos iglesias de Requena: el Salvador y Santa María.» Hoy no hubiera escrito que la catedral de Valencia es un monumento híbrido de más valor por los accesorios y obras sucesivas que por su estructura primitiva. Lo que sucede es que cuando escribí esto, la estructura primitiva apenas se descubría en medio del general revestimiento barroco y neoclásico. Se habían hecho algunas exploraciones para descubrir parcialmente el gótico primitivo y por su sobriedad y hasta, cierto punto, sequedad, no parecía, dicho vulgarmente, prometer mucho. Durante una época prevaleció el criterio de descubrir la primitiva fábrica gótica desnudando la catedral de su ropaje barroco. Esto era añeja aspiración del cabildo y el arquitecto don Alejandro Ferrant, apoyado por el ilustre arqueólogo don Manuel Gómez Moreno, fue poco a poco restaurando la catedral con este criterio de descubrir el gótico. Después, en nuestros días, se ha producido una reacción contraria y se ha condenado esta repristinación por considerar que era mucho más interesante la vestidura que el cuerpo interior. Cada época tiene sus propios gustos y sus propios criterios que, cuando se mantienen con dogmatismo, pueden producir graves daños en los monumentos. El hecho es que cuando se produjo esta reacción contraria al arte gótico, es cuando ya el camino emprendido era irreversible y cuando, por otra parte, al descubrirse no fragmentariamente sino en su casi totalidad la primitiva iglesia del siglo XIII, se pudo cualquiera dar cuenta de sus grandiosas proporciones, de su arquitectura severa pero recia y magnífica y de otra serie de circunstancias que adornan muy especialmente la arquitectura de esta catedral, antes desconocida y luego menospreciada. Se ha producido, pues, en nuestros días una curiosa polémica en la restauración de la catedral de Valencia, polémica que reside en la pugna de gótico *versus* barroco, lo que ha dado lugar a que se organicen dos bandos bastante irreconciliables.

A mí me tocó heredar a don Alejandro Ferrant en la tarea de restaurar la catedral por parte de la Dirección General de Bellas Artes. Tuvo empeño de que aceptara este cometido mi compañero y fraternal amigo don Luis Gay, que había colaborado

con Alejandro Ferrant y que deseaba a la muerte de éste que yo colaborara con él. Al mismo tiempo, por razones de tipo administrativo de todos bien conocidas, actuaba en la restauración de la catedral, como arquitecto, y sigue actuando, don Francisco Pons Sorolla por parte de la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

Esta pluralidad de competencias ha complicado en parte la restauración de la catedral, pero, en resumidas cuentas, consideramos que el proceso se va consolidando con verdadero acierto. El arquitecto Pons Sorolla fue restaurando los exteriores de la catedral y sacando al exterior las capillas del lado del Evangelio, que han dado una nueva fisonomía al conjunto catedralicio. La puerta de los Apóstoles ha sido también objeto de restauración y de controversia en razón del mal estado en que se encontraba su arquitectura y su estatutaria. Precisamente las estatuas, el Apostolado y otras figuras que decoraban la grandiosa portada donde se reúne el Tribunal de las Aguas, han sido retiradas en un estado extremo de descomposición para que no se perdieran del todo. El propósito es llevar estas estatuas al Museo Catedralicio y sustituirlas por reproducciones llevadas a cabo con la mayor garantía.

Queda también un problema grave e inexcusable que es la restauración de la grandiosa fachada barroca del arquitecto alemán Conrado Rodulfo. Esta fachada, aparentemente, está en buen estado, pero si se analizan de cerca los detalles de la misma se comprenderá que su situación es gravísima por el deterioro y la erosión de la piedra. Sobre todo las partes altas, más expuestas a los rigores del tiempo, están necesitadas de una restauración y consolidación a fondo, sujetando las agredidas estatuas y elementos decorativos, que no sólo están a punto de desprenderse, sino que de hecho se desprenden ya cayendo fragmentos que ponen en peligro la seguridad de los viandantes. Existe un proyecto últimamente presentado para remediar este daño y esperamos que pronto se ponga en marcha y empiecen los trabajos. Por su parte, el arquitecto Pons Sorolla ha empezado a trabajar también en el Miguelete. Es decir, en un plazo breve esta magnífica catedral puede quedar restaurada para mucho tiempo y devuelta a su grandeza y dignidad.

El tema polémico por excelencia ya lo hemos dicho, es la restauración del interior del templo y la solución del debate gótico *versus* neoclásico.

Ahora que se han descubierto casi enteramente las tres naves góticas desde los pies del templo hasta el crucero, se puede uno dar perfectamente cuenta de la importancia de este monumento hasta



ahora desconocido. «En una lápida, colocada —dice Torres Balbás— en una de las capillas centrales de la girola de la catedral de Valencia y desaparecida en las reformas del siglo XVII o XVIII, constaba que se colocó su primera piedra el año 1262 por el obispo fray Andrés Albalat, fraile dominico aragonés, canciller del rey, que había viajado por Francia e Italia. Hay noticia en 1267 de un maestro, Arnaldi Vitalis. Empezado el templo, como de costumbre por la cabecera, las fechas de las capillas de la girola se escalonan en los años finales del siglo, lo mismo que las que se abren en los brazos del crucero, algunas de estas últimas levantadas tras pasado ya el año 1300. A partir de 1303 dirigía las obras un nuevo maestro mayor, al que se le da el nombre, al parecer erróneo por mala lectura de un documento, de Nicolás de Antona o Ancona, encargado también de hacer vidrieras, imágenes y pinturas. Las capillas abiertas en el muro occidental del crucero se levantarían por ese maestro en el primer cuarto del siglo XIV. En 1358 los documentos nombran a un nuevo maestro, Andrea Juliano,

al que se atribuye la sala capítular, que se labraba dos años antes. Contemporánea será una parte de las naves, ultimadas en fecha algo más tardía. La prosperidad de Valencia en el siglo XIV dio lugar a una gran cantidad de fundaciones y dotaciones de altares, capillas y capellanías en honor de los santos titulares, merced a las cuales avanzó la construcción con relativa rapidez.

Torres Balbás opina que la catedral de Valencia es un monumento híbrido y arcaico por conservar pilares de dobles columnas que siguen la línea de las catedrales de Tarragona y Lérida, cuando es una obra cuya primera piedra se colocó en 1262, es decir en la segunda mitad del siglo XIII, años en que la arquitectura más progresiva corría por otros derroteros. Pero sin embargo lo que no pudo ver Torres Balbás es la catedral tal y como hoy la vemos nosotros y, por lo tanto, tanto el juicio del ilustre historiador y arqueólogo como el que otras personas más modestas podíamos tener, no es enteramente válido. Hoy la catedral gótica se nos presenta plenamente con toda la grandiosa sobriedad de su arquitectura; los pilares de dobles columnas son muy hermosos, los grandes arcos de paso entre la nave principal y las colaterales son de extraordinaria dimensión, como sucede en otros edificios del llamado estilo gótico-languedociano. Todo esto resplandece ahora y ha supuesto un descubrimiento. Las bóvedas de crucería con nervios de piedra y plementería de ladrillo son también de dimensiones inusitadas, lo que da al espacio gótico un sentido grandioso. Frente a los detractores del descubrimiento del arte gótico, la realidad se impone y nadie puede negar a la vista de ello la importancia que adquiere hoy el monumento.

A parte de esto, lo más endeble de la decoración, por unos llamada barroca, por otros neoclásica, era la que correspondía a las naves, puesto que las proporciones clasicistas de esta decoración no correspondían con la estructura gótica y tuvo Antonio Gilabert que realizar verdaderos esfuerzos para adecuar los elementos de la arquitectura clásica a las proporciones del gótico hispano-languedociano. Sin embargo las capillas, que son de época posterior y que en realidad son como pequeñas iglesias, se proyectaron de acuerdo con la tendencia clasicista, y en este caso la armonía es perfecta. Cada una de estas capillas es un ejemplo delicadísimo de la arquitectura del gran maestro del barroco tardío Antonio Gilabert. Por lo tanto se van a conservar íntegras y el testimonio del arte dieciochesco va a permanecer bajo sus mejores aspectos. De esta manera la pugna entre goticistas y neoclasicistas va a armonizarse en una síntesis perfecta. Por un lado, las naves góticas en su sobria y severa grandeza; por otra parte, las capillas neoclásicas,



independizadas del resto y con toda la elegancia de su arquitectura dieciochesca tan delicada como las mejores construcciones del estilo Luis XVI.

También queda el presbiterio, remodelado en estilo barroco, pero no del XVIII, sino del siglo XVII, por el gran maestro Juan Bautista Pérez, que trabajó por decisión y con el generoso donativo del



arzobispo Cameros. Comenzaron estas obras en 1674 y se acabaron en 1728. Este presbiterio, opulento en su barroca magnificencia, se conservará por entero tal y como está y de la misma manera se podrá mantener el revestimiento de la girola, obra también de Antonio Gilabert. Sería interesante sin duda restituir la primitiva girola gótica, pero las capillas radiales están muy mutiladas y es acaso preferible mantener en este caso el revestimiento clasicista.

De todas maneras, la catedral de Valencia, uno de nuestros más bellos templos metropolitanos, puede quedar, después de estas etapas que ligeramente hemos apuntado, como un monumento sobresaliente y de un interés extraordinario por la forma peculiar en que se conjugan elementos de muy diversas épocas. Por una parte, la gran catedral del gótico levantino con sus espléndidas dimensiones que resplandece ya en los pies del templo; por otra, la magnífica linterna y cimborrio del final gótico de los siglos XIV y XV; el Miguelete, la soberbia torre contemporánea del cimborrio; las dos portadas medievales de diversa época; la imaginativa y borrominesca fachada de Conrado Rodulfo, y, por último, el arte delicado y sutil de Antonio Gilabert. Todos estos estilos, todas estas etapas armonizándose, a nuestro entender, de una manera muy sugestiva en un monumento diverso y a la vez unido en una armónica concepción.

No hemos dicho nada de la capilla del Santo Cáliz y de otros accesorios que engalanan la catedral, porque no ha sido nuestro propósito hacer una descripción de la misma, sino referirnos en el día de hoy a su torre, el popular Miguelete que como de todos es sabido lleva ese nombre porque la campana mayor está dedicada a San Miguel. Y termino diciendo, para no cansarles a ustedes, que esta catedral, que tiene de todo, que tiene gran riqueza de estilos y accesorios arquitectónicos, es, al menos que yo sepa, la única gran catedral que no tiene claustro. Es una circunstancia curiosísima y parece que precisamente cuando se quería construir el Miguelete y se empezaron a comprar terrenos para cimentar la grandiosa torre, también se pensó adquirir otros para construir el claustro que, acaso, no se pudo llevar a cabo por la dificultad de esta adquisición. Hasta en esto es singular la catedral de Valencia.

FERNANDO CHUECA
Presidente del Instituto de España